HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA

Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata

LOS GAUCHESCOS I

Ricardo Rojas

Editorial GUILLERMO KRAFT LIMITADA

Este material se utiliza con fines exclusivamente didácticos

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN AÑO 1917

He vacilado largo tiempo antes de decidirme a publicar esta obra; pero cuanto más retardaba su aparición para mejorarla, iba creciendo en mí la certidumbre de sus imperfecciones. Temí que tal idea llegara a ser persuasión, malogrando así un esfuerzo de varios lustros; mas, a pesar de ello, hubiera condenado esta obra al olvido, si conociera libros perfectos, sobre todo en el laborioso género de la historia. Labor condenada a errar en menudos detalles o a envejecer en el continuo avance de las investigaciones, ella requiere, principalmente en nuestro país, abnegado estoicismo para emprenderla, o para dar los frutos de esa labor a un público generalmente ingrato con ella.

Dentro de varios años, habrán pasado a categoría de lugares comunes algunas noticias que aquí divulgo, con las ideas del sistema estético que las ensambla y las explica. Muchos habrán ahijado noticias e ideas en que acierte; y no me querellaré de su actitud, si no murmuran de algún pequeño error no corregido, fingiendo desdeñar el libro de que se sirvieron. Quien ha penetrado consciente de tal destino en los campos casi vírgenes de esta materia, necesitaba suficiente escepticismo filosófico y patriótico amor, para resignarse a la ardua tarea.

Investigadores precedentes habían acumulado copia valiosa de noticias sobre nuestra historia literaria. Sus nombres desfilarán con aplauso en las páginas de este libro. Mas a pesar de esos trabajos dispersos, meramente biográficos o bibliográficos, carecíamos de una historia literaria; y de una teoría sobre esta faz del fenómeno argentino. Ni estaban definitivamente establecidos los "hechos", ni estaba agotada la investigación paleográfíca, ni estaba explorado todo el campo de nuestra cultura, ni estaban sistematizados los fenómenos de nuestra vida intelectual. Con decir que hay quienes han negado la existencia de una literatura argentina, habré definido la índole de mi esfuerzo. Y ya veo asombrarse a muchos de que, para una literatura cuya existencia se pone en duda, haya sido menester cuatro tomos, cuando cabe en sólo uno de Lanson toda la literatura francesa, y en uno de Loliée todas las literaturas comparadas. Pero ya verá el lector si necesité realmente de tanto espacio, y por qué lo necesité...

Grande ha sido mi esfuerzo previo de información, precisamente porque nuestra cultura pública está sin organizarse. Tenemos archivos, pero no tenemos catálogos. La pesquisa suele realizarse, entre sombras y escombros, con la intuición por luz y la ventura por lazarillo. Y aun así, nuestras mejores fuentes han sido, no el sedimento de una vieja organización colectiva, como la de Francia; no el acervo institucional del estado, como en Alemania; sino la previsora acumulación particular de ciudadanos como Segurola, Mitre o Carranza, quienes reunieron libros y documentos para el historiador y el filósofo que vendría después de sus patrióticas vidas.

Pero no es el caudal de mis noticias, viejas o nuevas, la parte más sólida de esta obra, sino el sistema de sus ideas. Las noticias requieren método, voluntad, paciencia; como las presas del cazador experto, salen al paso del investigador ahincado; ellas son la parte objetiva y menos personal de la historia. La parte subjetiva, personal, finca en la manera de agrupar las noticias y exponerlas, constituyendo esto último, la filosofía y el arte del género. Y éste, que por sus noticias comenzara siendo una ciencia, concluye, por el sistema de su composición, siendo una estética del fenómeno comentado.

Yo me permito encarecer la paternidad del sistema filosófico que ha presidido la composición de este libro. Quien no acepte verdades de autoridad, ha de imponerse la crítica de las fuentes; ha de procurar ir más allá de donde fueron los investigadores anteriores. Yo me propuse tan penosa tarea, por método moderno y por moralidad intelectual. Pero fue mi propósito verdadero, no tanto el descubrir o contar especies novísimas, como viajero que vuelve de lueñas tierras, cuanto el someter a la confrontación de todos los hechos nuevos que pudiese descubrir, la solidez del sistema crítico que he concebido para estudiar la literatura argentina como una función de la sociedad argentina.

No podría concentrar en estas pocas páginas preliminares la integridad de esa doctrina estética, fundada en la evolución de nuestra vida espiritual. Desarrollada lentamente en el curso de esta larga obra, la habré resumido al finalizarla. Entre tanto, necesito anticipar que el campo de nuestra literatura ha sido contemplado desde cuatro perspectivas diversas: 1º el rumbo de nuestra formación nativa, bajo el nombre genérico de *Los Gauchescos*; 2º el rumbo de nuestra evolución hispanoamericana, bajo el nombre genérico de *Los coloniales*; 3º el rumbo de nuestra organización democrática, bajo el nombre genérico de *Los proscriptos*; 4º el rumbo de nuestra renovación cosmopolita, bajo el nombre genérico de *Los modernos*. A cada una de esas perspectivas, corresponderá una de las cuatro partes que integran la obra.

La importancia que atribuyo a cada escritor, el mayor o menor detenimiento que concedo a una vida, a un libro, a una idea, no nacen de caprichosas simpatías, sino de la magnitud que ellos asumieron ante mis ojos, al contemplarlos, dentro del campo total, en la particular perspectiva de cada volumen, a la luz de esta teoría, común a toda la obra: una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero éstas son

actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos históricos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición. La tónica resultante de esos cuatro elementos se traduce en un modo de comprender, de sentir y de practicar la vida, o sea en el alma de la nación, cuyo documento es su literatura.

Espero que la crítica, de acuerdo con esta advertencia, querrá tener en cuenta ese principio, para aceptar o negar la significación y el espacio que concedo a determinados escritores. Lo que de ellos digo en un tomo podrá ser ampliado o compensado con lo que en volúmenes complementarios diga de ellos mismos, si volvieran a aparecer en otras perspectivas a mi contemplación. En todo caso, mi visión y mi juicio serán lealmente traducidos en estas páginas, libre de sentimientos arbitrarios. La ley de esas perspectivas marcará cada posición y su estatura, aunque ella rectifique el caprichoso juicio tradicional, que sobre nuestros autores hayamos recibido.

Hay pues, en esta obra, un principio retrospectivo, cuyo espíritu es de la historia y un principio prospectivo, cuyo espíritu es de la filosofía. Lo primero, reconstituyendo el pretérito de nuestra cultura, ha dado vida de verdad en la ciencia a las formas literarias del pasado argentino. Lo segundo, ensamblando esas formas según el sistema orgánico de su propia vida pasada, ha procurado descubrir la ley de nuestra ulterior evolución estética. Para ello, no me he reducido a la poesía solamente (épica, dramática y lírica), sino que he incluido en mi tema los géneros didácticos que le sirven de base en la organización social, y las bellas artes que le sirven de coronamiento en la naturaleza humana. Así hallaréis que aquí, cuando llega el caso, hablo también de filosofía, de pedagogía, de artes plásticas y de música.

Creo haber evitado así en mi trabajo la falta de todo sistema, que descoyunta los estudios monográficos de Menéndez y Pelayo sobre la literatura española, y el exceso de sistema, que osifica los estudios "biológicos" de Taine sobre la literatura inglesa o el arte de Italia, Grecia y Flandes. Maestros eminentes los dos, mucho les debe mi educación intelectual, pero en este caso preferí eludir tales modelos, buscando mi ruta por mi mismo, en el signo secreto de las cosas.

Así concebí mi plan y mi doctrina.

No de otro modo el gaucho de nuestras pampas hallaba su rumbo en la ondulación de los pastos y presentía el agua próxima por la vecindad de las aves.

INTRODUCCIÓN

La literatura nacional en las escuelas de nuestro país. –Mi cátedra en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires. – Definición de esta materia. –El territorio, la raza, el idioma. –Valor de estos elementos en el carácter nacional de una literatura. –El concepto de argentinidad en nuestra literatura. – La literatura nacional como expresión de la conciencia nacional. –Cronología: valor que debe darse a la historia externa. – Períodos cronológicos: su función didáctica. –La crónica histórica: biografías y bibliografías. –La crítica filosófica: clasificación y sistema de esta materia; las bellas letras y las letras útiles. –La literatura abarca todo el *logos* del hombre. –La literatura de un pueblo revela el contenido de su conciencia y su visión de la naturaleza. –Las escuelas estéticas: el clasicismo, el romanticismo, el modernismo. –Escuelas exóticas y tendencias indígenas. –Los gauchescos. –Los géneros regionales. –La lírica hispanoamericana. –¿Existe una literatura argentina? –La vida literaria en la actualidad de nuestro país.

I

Esta obra es el fruto de mis investigaciones personales en diversos archivos, de mis experiencias en la vida literaria, y de los trabajos que, desde 1912, vengo realizando en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, como conferenciante de literatura argentina.

La Universidad de Buenos Aires fundó aquel año, poniéndola a mi cargo, la primera cátedra de esta materia cuyos antecedentes en la enseñanza y en la bibliografía, voy a exponer en este capítulo preliminar.

El estudio de la literatura argentina, omitido hasta entonces en el programa de nuestras universidades, es una asignatura cuya fundación se hacía necesario para completar el conocimiento de nuestra formación nacional. Las cátedras de antropología americana, de filología indígena, de cartografía histórica, de fauna y flora regionales, funcionaban en institutos diversos, dando a nuestros universitarios la conciencia del país, por los elementos primordiales de su tierra y de su hombre. Era sin duda anomalía sorprendente, que nuestras aulas de estudios superiores no enseñaran, al par de las antedichas disciplinas, la evolución de nuestras fuerzas espirituales y de las formas literarias que las habían fijado. Apenas si los maestros de ciencias sociales mostraban, desde años atrás, la formación de nuestras instituciones políticas, complementada, en más recientes años, por las cátedras de ciencia y legislación escolares. Pero nuestros sistemas de educación, en su doble fase didáctica y jurídica, y nuestros sistemas de gobierno, a través de las luchas sangrientas que los organizaron, no bastarían, por sí solos, para revelar la vida íntima del alma argentina, mostrando las secretas corrientes de ideas, de pasiones, de emociones que a aquella alma agitaron. Forma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo, son los monumentos de su literatura; y puesto que nosotros los poseemos, era anomalía no estudiarlos en la universidad, donde se forman las clases dirigentes de la nación. Tal omisión se explica, no por error activo de quienes antes han gobernado nuestra educación, sino por lo reciente de nuestro pasado bárbaro, por lo novísimo de nuestras instituciones docentes, por lo premioso de nuestra labor en otros campos de la vida social. Apenas si en el último lustro nos ha sido posible hacer balance reposado de toda nuestra historia, y ver que aun entre las luchas cruentas de la montonera y la dispersión aciaga de la tiranía, habíamos estado elaborando los documentos literarios de nuestra cultura y la conciencia de nuestro porvenir. Así se comprende, en la prosa el Facundo y las Bases; en la poesía el Martín Fierro y la Atlántida.

Estudiar esos documentos, en confrontación con el medio donde aparecieron y con el ideal estético o moral que buscaron, tal es la obra importante que en nuestra Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires me propuse iniciar en 1912. Antes de aquella fecha, no habíamos incorporado esta materia a los estudios del país, ni habíamos organizado su bibliografía, ni creado un sistema teórico que permitiera organizarla.

Después de haber incorporado a sus planes el estudio de nuestra formación territorial, de las razas indígenas, de su arqueología y sus idiomas, de nuestras instituciones sociales, vi completarse el cuadro de las asignaturas genuinamente "argentinas", con la cátedra de literatura nacional. Su fundación señalaba nuevo rumbo y abría nuevo período en la historia universitaria de nuestro país. El maestro que la inauguró debió no solamente dictar sus lecciones, sino crear esta nueva asignatura. Yo tomé una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía. Maestro y alumnos debimos entrar en este nuevo campo de los estudios argentinos, disipando muchas leyendas, rectificando numerosos errores, desvaneciendo tradicionales prevenciones y descubriendo, acaso, valiosas noticias en olvidados archivos, como los que dejaron Segurola, Olaguer Feliú, Carranza, Mitre, Lamas, Trelles o Juan María Gutiérrez. Hay en todo ello dificultades que comprendo, pero llevé a esa labor, no la presunción de mi ciencia, sino mi vocación patriótica y mi

experiencia literaria, puestas ya otras veces, en tribunas y libros, al servicio de los ideales que la nueva cátedra representa, y, creedme que no me hubiese arriesgado a ello, si no hubiera mediado la invitación espontánea de un hombre tan ponderado como el ex decano doctor Piñero; la sabia acogida del nuevo decano, doctor Rivarola y la confianza que supo infundirme en el acto de la fundación, al ponerme en posesión de la nueva cátedra como presidente de la Academia, una palabra tan prestigiosa en las letras argentinas, como lo es la del poeta don Rafael Obligado¹.

¹ Creo oportuno transcribir a continuación las elogiosas palabras de don Rafael Obligado en dicha ocasión. No me mueve a ello un prurito de vanidad, aunque estaría en este caso justificada, por venir el elogio de tan noble espíritu. Guíame, por lo contrario, la intención de rendir con ello un homenaje al inspirado autor de *Santos Vega*, negado por los que promovieron el modernismo y rehabilitado por los que estamos promoviendo el nacionalismo de nuestras letras. Quiero además que mis palabras sobre el estado de los estudios literarios cuando yo los asumí, sean ratificadas por el discurso del viejo poeta, que así los describía en 1913, al ponerme en posesión de la nueva cátedra:

"Señor Decano, señoras, señores: No sé hasta qué punto puede darse por investigada y escrita nuestra historia política y militar, ni si la respetabilidad de los nombres de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, citando sólo sus artífices mayores, basta para que demos por realizada aquella tarea, al menos en cuanto se refiere a las épocas de la colonia y la independencia.

No se falta al respeto que especialmente en esta casa se debe a nuestros dos ilustres historiadores, afirmando que nuevas investigaciones, con metodología más racional, más científica, y por eso más verdadera y humana, pueden hacernos dudar de la exactitud de sus conclusiones en los hechos o de la verdad de la pincelada fisonómica en sus héroes. Esto no lo menoscabará, sin embargo, porque Clío, su inspiradora, es la musa de la justicia distributiva, y sabe bien que ni Curtius, el admirable vidente de los orígenes y los hechos griegos, ni Mommsen, el concienzudo investigador del Lacio y reconstructor de su historia, pueden escapar a la ley fatal de ir quedando rezagados, porque no se progresa sin dejar atrás aún a los mejores.

Puede, pues, dudarse de que nuestra historia en las épocas indicadas esté definitivamente escrita, pero sería incierto negar que ha sido trazada en sus grandes líneas dentro del lienzo continental y que sus primeros actores han irradiado sin coloración falsa la luz que les fue propia. Sin vacilación alguna podemos afirmar que Moreno, Belgrano, San Martín y Rivadavia, esto es, el pensamiento, el corazón, la espada y la clarividencia de Mayo, imponen su ya invariable y magnífica verdad desde las páginas de Mitre y López.

He invocado esta innegable conquista de nuestra ciencia histórica, precisamente para hacer resaltar un doloroso contraste. Mientras los hombres de acción externa ocupan con relieve el primer término, asaltan cumbres y baten enseñas, los otros, los de la labor oculta, los pulidores del diamante humano, los que encienden la chispa nacional, no aparecen en escenario alguno. La historia, achatada bajo su birrete académico y tradicional, no escucha más que clarinadas de victoria o triunfos de políticos audaces; ni una página para el vaquero y el labrador, que son como la raíz de la nación; ni una página para el primer industrial, que fue entre nosotros el fabricante de escobas y velas de sebo, es decir, de la limpieza y la luz; ni una página para el que curtió la primer carona, creó la blandicia del primer recado y refractó en la plata del tirador, del estribo o del regatón de la lanza las luces del alma gaucha.

En la estrechez del horizonte histórico de entonces, no cabía más que el relámpago de las tormentas políticas o del sablazo hecho rayo. El pensamiento era un infeliz que deslizaba por ahí su vida oscura. Por suerte, hemos ampliado nuestra visión, y las modernas investigaciones van del conjunto al detalle, y se interesan lo mismo por toda humana labor.

De la acción de los próceres de Mayo, de sus primeras asambleas, de sus grandes capitanes y victorias, todo lo sabemos; podríamos escalonar con justicia, de arriba abajo, los méritos de cada uno; pero... ¿y los otros? ¿los que les acompañaban y acaso les dirigían desde el gabinete y el periódico y el libro en la primera mitad del siglo pasado? De ellos conocemos muchos nombres, podríamos citar algunas obras, pero si alguien nos pidiera que fijáramos su colocación respectiva entre sus contemporáneos, seguramente la honradez nos sellaría los labios. Tribuna, púlpito, periodismo, cátedra, poesía, novela, teatro, elocuencia popular, tuvieron su verbo encendido, apagado ya por la acción del tiempo y la indiferencia harto dolorosa de los países de aluvión.

A reparar esa injusticia, a dispersar esa tiniebla, viene la luz de la cátedra de literatura argentina que el Consejo de esta Facultad abre hoy en su casa, incluyéndola en su nuevo plan de estudios.

Es antorcha difícil de encender y conducir, precisamente porque intenta iluminar lo más íntimo de la vida de la nación: sus pensares y sentires; es cátedra no sólo de investigación bibliográfica y documentaria, sino también de emoción artística, de sensibilidad exquisita, para recoger notas dispersas y acordarlas en la sonoridad de nuestro primer siglo.

Por todo ello. el Consejo de la Facultad de filosofía y letras no ha podido confiar tal tribuna sin exigir condiciones especiales a quien debiera ocuparlas. Ha designado a don Ricardo Rojas, al autor de la *Restauración nacionalista*, precisamente porque se trata de restaurar el alma argentina en su amplia vibración; al evocador del *Blasón de plata*, que así descendió a las tumbas del Inca, conmovidas por el himno patrio, como vió resurgir la vida transvasada del conquistador a "la carne terrena de las madres indias"; y también al poeta de *Los Lises del blasón*, porque el dominio de la rima y el ritmo prueba la microfonía del oído para todas las audiciones, inclusive la delicadísima del latir de los pueblos.

En el sistema general de nuestra Facultad de filosofía y letras, o por lo menos en mi enseñanza, la cátedra de Literatura argentina vino a ser la conjunción ideal de esas dos grandes ramas de sus estudios; de un lado las materias de entonación nacional: paisajes, hombres, árboles, trajes, voces, mitos, emociones – cuanto constituye la tierra y el alma nativas; de otro lado da las materias de entonación universal: ideales políticos, sistemas filosóficos, formas estéticas, cuanto constituye el fondo generoso y humano de la civilización grecolatina.

He ahí por qué antes decía que al estudiar los documentos de nuestra historia literaria, se deberá hacerlo en confrontación con el medio donde surgieron, reflejado casi siempre en su color y su asunto; y en confrontación con el ideal filosófico que buscaron, reflejado casi siempre en las ideas y el arte de la composición.

II

No acertarla quien pretendiese explicar nuestra evolución literaria por los procedimientos o sistemas que eximios críticos europeos, como Macaulay, como Carducci, como Taine, han seguido para explicar literaturas más antiguas y orgánicas que la nuestra. Lo breve de nuestra historia, y la abundancia de elementos foráneos que han venido a fundar nuestra civilización -comenzando por el idioma castellano de nuestras letras- bastarían para requerir una substitución del instrumento crítico en la explicación de nuestro fenómeno literario. En cualesquiera de las naciones europeas, el suelo, la raza, el idioma y su literatura, se funden en una sola unidad. Es como si los unos nacieran de los otros, y todas se complementan y explican en armonioso ciclo. La raza pudo tener origen en migraciones y conquistas, como en la Inglaterra los sajones y normandos, o en la España de celtas, suevos, latinos, godos y árabes; pero tales orígenes se pierden en lo remoto del tiempo, y la raza se identifica con su tierra nativa. Aquellos pueblos, desmembrando imperios o reuniendo feudos, precedieron a la nación que fundaron, y fue expresión de su alma y espejo de esa nación, el idioma por ellos elaborado. Aquellas lenguas nacionales pudieron tener su origen en otros idiomas de anteriores conquistas, como el francés y el castellano actuales, respecto al latín de los Césares, pero, una vez formados, ya revelaban nuevas calidades fonéticas y espirituales, propias del clima y de la raza donde habían nacido. Así también de suelo; raza y lengua, brotaron las literaturas nacionales; y algo como una misteriosa corriente de la vida cósmica, semejante a la savia que sube de la raíz a la flor, subió de las entrañas de la nación a los ritmos de la estrofa y a las figuras de la fábula. Por eso un documento como la Chanson de Roland o el Cantar de Mío Cid, es clarísimo documento de literatura nacional, de filología nacional y de política nacional, en el pueblo a que pertenecen. Por eso, de pronto, unos pocos versos hacen pasar a un tiempo ante la mente, la tierra, el idioma, la raza, la religión, la gesta de la raza, que forjó el poema y el habla del poema:

> Verediez tantas lanças premer el alçar, Tanta adágara foradar et passar, Tanta loriga falssa desmanchar Tantos pendones blancos salir vermeios en sangre, Tantos buenos cavallos sin sos duenos andar. Los moros laman Mahomat et los christianos Santi Yague. (v. 726-731).

Esta unidad a que aludimos, de lengua, raza y literatura, no la presentan sólo las naciones de la Europa moderna: podríamos también puntualizarla en el florecimiento clásico de griegos y latinos. Por lo contrario, carece de ello la literatura de nuestro país, o por lo menos no han tenido tiempo de sedimentarse en un todo orgánico los elementos de nuestra breve tradición. Nosotros escribimos en un idioma de trasplante, que España conquistadora legara a América ya formada, y que nosotros hemos renovado, pero no abandonado ni corrompido en nuestra literatura. Los siglos XVI y XVII fueron para la metrópoli el período de su esplendor intelectual, y corresponde, por sincronismo, a sus fundaciones más duraderas —la lengua, la familia, las ciudades— en sus colonias del nuevo mundo. Después de 1810, momento inicial de la emancipación americana, el idioma ha seguido una evolución común a todas las naciones en que se dividió el antiguo imperio de Carlos V. Llegará día en que la historia literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial de aquel deshecho imperio, y comprenda la vida mental de todos los pueblos que tuvieron a

Señor Rojas: En representación del decano de la Facultad, quien gentilmente me ha encargado presidir este acto, invocando mi puesto en la Academia de filosofía y letras, tengo el agrado y la honra de invitarle a ocupar su cátedra."

España por metrópoli. Algunos actos de la crítica contemporánea parecen augurarlo así, entre ellos la *Antología de poetas hispanoamericanos* y el *Horacio en España*, obras ambas del esclarecido humanista don Marcelino Menéndez y Pelayo; y como las suyas algunas sudamericanas que parecen tender a ese propósito de crear un "imperio", una "raza", una "ciudadanía" internacionales dentro del idioma². Ese período ha de llegar, por obra de tales ideas, o como forzosa consecuencia de progresos materiales, en población, vialidad, comercio. Pero, entre tanto, nuestras naciones necesitan hacer la historia crítica de su propia evolución literaria; y he aquí que al intentarlo, como en el caso de la República Argentina, la conciencia nacional tropieza con la apuntada dualidad entre un territorio que nos pertenece exclusivamente y un idioma que nos pertenece en común con otras naciones donde se lo habla con igual derecho y por iguales causas que entre nosotros mismos.

Definir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio, tendrá que ser una de las cuestiones que plantee y resuelva la historia crítica de nuestra literatura. Casi me atrevo a decir que un curso sobre el idioma castellano podría ser la introducción indispensable a un curso razonado sobre la literatura de la República Argentina, o de cualquier república sudamericana (verdadera historia de nuestro idioma como instrumento adventicio de nuestras literaturas), en el cual se mostraría su origen, su doble proceso de formación cronológica a través de ocho siglos, de extensión geográfica a través de dos mundos; se explicaría la decadencia y suplantación de las lenguas indígenas; se propendería a formar una conciencia de nacionalidad literaria dentro de ese internacionalismo del idioma, y a vigorizar la conciencia de la lengua castellana, tan declinante en los pueblos del Río de la Plata. Así llegaríamos a explicar, por motivos de ambientes, ciertos casos de escritores argentinos que han desertado al francés, como tienden a desertar hacia el inglés en las regiones septentrionales de Hispano América³.

¿Pues, cuál es el criterio con que un historiador de la literatura argentina debería considerar esos libros, argentinos por su asunto o por sus autores,. y extranjeros por la lengua en que fueron escritos? ¿Qué causas de educación o de ambiente les movieron a abandonar el idioma nativo? ¿Hasta dónde el idioma de la nación define la argentinidad de su literatura, y hasta dónde se la define por la cuna de sus autores o la índole de sus obras? He ahí las cuestiones que una teoría filológica tendrá que definir, y que no será posible definir de una manera científica y ecuánime, sino estableciendo un criterio general sobre el significado de la lengua castellana dentro de la nacionalidad argentina y el significado de la literatura argentina dentro de la lengua castellana. Esta lengua con ser el idioma nacional de los argentinos, contiene algunos elementos exóticos en su misma castidad metropolitana; a la vez que, dentro de él, nuestra literatura americana lleva elementos diferenciales de nueva personalidad castiza, en el "indianismo" de su ambiente.

Ш

Una segunda cuestión se ofrece a nuestro paso, y es el valor que debemos reconocer al territorio argentino en la definición nacional de nuestra literatura, y el que debemos reconocer a nuestra historia política con respecto a nuestra cronología literaria.

Es sabido que el nombre de "argentina", que designa como gentilicio a nuestra nación, y adjetiva sus atributos colectivos, viénele del territorio que habitamos, o más bien de su río de la Plata que embelleció de leyenda esta parte de la conquista, y bautizó, por el influjo epónimo de sus aguas, las comarcas australes que ellas bañaban⁴.

Pero es sabido también que las tierras llamadas "argentinas" han variado de extensión a través de la historia, y que al variar, disminuyendo, han pasado de la vaguedad quimérica de los siglos coloniales, a la

² El propio autor de esta monografía ha publicado un libro inspirado por esos propósitos: *El alma española, trabajos de crítica literaria*. Sempere, 1908. Sin contar asimismo, su conferencia sobre *Olegario Andrade*, en el Ateneo de Madrid (*La lectura*, 1908) y otras sobre *La España actual, Menéndez y Pelayo*, y su curso de 1916 sobre la *Vida y obras de Cervantes*, en la Universidad de La Plata.

³ Me refiero a libros en prosa como *Les races aryennes du Pérou*, del doctor Vicente F. López, o *Les origines argentines*, del señor Roberto Levillier, y a libros en verso, como *Simplement*... de la señora Delfina Bunge de Gálvez, y *Jardins de France*, del señor José María Cantilo.

⁴ Véase el desarrollo extenso de esta idea en mi libro *Blasón de plata* (1ª edición en *La Nación* del Centenario: 2ª edición, un volumen de 250 páginas. Martín García, Buenos Aires, 1912). Véase también el capítulo II, de *Los coloniales* sobre el nombre Argentina del poema de Barco Centenera.

precisión de los actuales cálculos planimétricos⁵. En el siglo XVIII eran argentinos el Uruguay, el Paraguay, el sur de Bolivia. En el siglo XVII las provincias de Cuyo eran "chilenas" y Chile era "peruano". La creación del virreinato de Buenos Aires, la erección de la junta de mayo, la fundación de Bolivia, la segregación del Uruguay y Paraguay, serían pues, acontecimientos importantes para la clasificación de obras y autores, si incurriéramos en el error de adoptar las fechas de la historia externa o política para definir fenómenos de orden espiritual, como son los de la historia literaria, y para clasificar, por los azares dramáticos de la guerra, el regionalismo, substancial por su origen, de las obras y sus autores. La historia ha dejado en la literatura de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, muchos indicios dee que todos estos pueblos –la Argentina y sus limítrofes – constituímos una sola y futura nación. De ello ha nacido mi "panargirismo".

Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, eso de creer que la Argentina comienza, cronológicamente, el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significa la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia. ¿Olvidaremos que *la argentinidad* no está constituída solamente por el estado y las instituciones políticas soberanas que entonces deseábamos fundar y que no conseguiríamos fundar sino varios lustros más tarde? ¿Olvidaremos que el cabildo emancipador era de origen colonial, y que hasta el año 12 las armas de la patria combatían bajo las banderas del rey? ¿Las ciudades revolucionarias no eran españolas, acaso? ¿No era, al fin, castellana, la lengua libertadora de la *Gaceta* de Moreno y del *Himno* de López?⁶.

Resulta todo eso, en verdad, una concepción demasiado pueril de nuestra nacionalidad y de su historia.

La argentinidad está constituida por un *territorio*, por un *pueblo*, por un *estado*, por un *idioma*, por un *ideal* que tiende cada día a definirse mejor. Ahora mismo, con estas breves páginas, estamos tratando de definirlo

Pero antes debo decir que la argentinidad es aquella síntesis formada en la conciencia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su estado (cuerpo de la nación) y por la memoria de su pueblo y de su idioma (alma de la nación): todo ello concretado en un ideal que sea a la vez filosofía histórica de nuestros orígenes y filosofía pragmática de nuestro porvenir.

Pertenecen, pues, a la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar este núcleo.

Según ese criterio, deben entrar en la materia de nuestra historia literaria, libros como la *Argentina manuscrita*, de Ruy Díaz de Guzmán; *Argentina*, el poema de Barco Centenera; *El lazarillo de ciegos caminantes*, la crónica de Concolorcorvo. Acaso tengan más derecho a ello los españoles que antes de 1810 describieron o embellecieron con sus obras la vida colonial, que los argentinos, como Ventura de la Vega, cuya vida y cuya obra pertenecen a la historia de España, por más que ciertos escritores de aquende y allende el océano (españoles ellos mismos, desde luego), suelen incluirlo en la nuestra, según lo hace Menéndez y Pelayo, al transcribir los siguientes versos de 1857:

La madre España en su seno Me dió acogida amorosa; Suyo fui: mas siempre yo Recordé con noble orgullo, Que allá mi cuna al arrullo De las auras se meció. Mientras rencor fratricida Ardió en uno y otro bando, Mis lágrimas devorando Calló mi musa afligida. Hoy que a conyunda tirana

Suceden fraternos lazos, Y España tiende los brazos A la América hermana; Bañado en júbilo santo, Yo, *americano español*, A la clara luz del sol La unión venturosa canto, Ven, inspiración divina, Que yo a mi laúd sonoro, Añado una cuerda de oro Para la gloria argentina⁷

El caso de Ventura de la Vega es singular en nuestra literatura, porque, nacido antes de la revolución (1807), se educó en España y se incorporó, por su persona y su obra, en las corrientes históricas de la

⁵ Véase las vagas geografías de los cosmógrafos de Indias: Oviedo, Herrera, Lozano, Gomara, etc., y para contrarrestar con ellas, confróntese la obra del teniente Gaspar Soria, titulada *La República Argentina. Superficie, perímetro, población específica.*

⁶ Esta cuestión se planteó ya cuando los románticos, y la estudiaré en otros pasajes de esta obra.

⁷ Propiamente, no nos añaden mucha gloria estos ripiosos versos, pero los cito aquí, como Menéndez y Pelayo en el tomo IV de la Antología, por la actitud espiritual que ellos definen: aunque no debemos olvidar que se trata de unos versos de álbum, o sea que su argentinismo es de ocasión.

literatura peninsular. La cuna es un accidente biológico, y por sí solo nada vale, si no se le corrobora por el factor psicológico de la conciencia, por el factor social de la educación, por el factor histórico de una vida a favor de la tierra donde nacimos y de la comunidad política a la cual pertenecemos. Al excluir de nuestro fenómeno social a Ventura de la Vega, que prefirió la gloria en otra sociedad, timbro el quilate filosófico de mi nacionalismo, a la vez que demuestro su virtud progresiva, asimilando, en cambio de aquél, a cuantos como Burmeister, Jacques, Darío, Groussac, nacieron en otro país pero sirvieron a nuestra cultura, prefiriendo ser entre nosotros eminentes argentinos de adopción.

Pero aun desechado este caso excepcional, creo que es el criterio de amplitud antes definido, el que mejor nos conviene para trazar nuestra evolución intelectual, tan sometida a influencias y contigencias externas, y no el error de vanidad patriótica o de patriotismo militarista que lo restringe cronológicamente a los términos de 1810, y geográficamente a los autores y obras nacidos dentro del territorio nacional. No olvidemos que *El peregrino en Babilonia* del cordobés Tejeda, la *Representación de los hacendados* de Moreno, el *Triunfo argentino* de López, la *Oda al Paraná* de Labardén, son anteriores a la Revolución. No olvidemos que el *Facundo*, las *Bases y La gloria de don Ramiro*, han sido escritos en el extranjero No olvidemos que europeos como Jacques y Groussac, incorporando su obra a nuestro patrimonio intelectual, han contribuido a la formación de nuestro ambiente. No olvidemos, en fin que americanos como el paraguayo Ruy Díaz de Guzmán, el uruguayo Florencio Sánchez y el nicaragüense Rubén Darío, no pueden ser explicados si se los separa del medio argentino donde florecieron. Es, pues, el espíritu mismo de la nacionalidad, y no los elementos materiales que la constituyen –territorio, política o ciudadanía–, lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y queramos fijar la extensión de esta asignatura. Por eso la geografía de mi obra abarca todo el virreinato del Plata, y su cronología toda la colonización, sin lo cual no podría explicarse nuestra Argentina actual.

Aun aceptada la proposición que hace nacer en 1810 nuestra evolución literaria, como sincrónica de nuestra evolución política, no podríamos comprender a los autores que aparecen de pronto en medio de la revolución para cantarla o para justificarla, si no explicáramos las condiciones precedentes en que se formó su cultura. ¿Cómo definir la versificación enciclopédica de Moreno y de Monteagudo, la metafísica de Gorriti y de Funes, la clásica de Varela y de López, si no explicamos el ambiente colonial, y, sobre todo, la inmediata, profunda renovación de la cultura que ampararon aquí virreyes como Vértiz, y allá ministros como los de Carlos III? Podría afirmarse, y hasta probarse, que no hubo durante el período colonial una literatura propia del Río de la Plata, pero no podría negarse que hubo una educación filosófica y literaria, cuyo centro estaba en las aulas de Córdoba o Chuquisaca, y aquí en Buenos Aires, en el colegio Carolino, en el *Telégrafo mercantil*, en la Casa de comedias, en la propia sala del señor virrey, y en torno de personalidades como Leiva, Araujo, Maciel, Labardén, Chorroarín, Segurola, maestros cuya influencia pareció sobrevivir en el alma serena de Diego Alcorta, en cuya cátedra se formaron más tarde muchos de los mejores patricios de la expatriación, como Mármol y López lo han reconocido.

Aceptada la fecha liminar de 1810, los siglos coloniales que la preceden, pueden ser estudiados como el período de los *orígenes*, pues comprende el trasplante del idioma castellano y la literatura de los claustros, con las crónicas jesuíticas de Lozano y Guevara, o los relatos militares con los *Comentarios*, de Pedro Hernández, y las narraciones civiles, como el ya citado *Lazarillo*. Esta tímida corriente de cultura se acentúa después en la Universidad de Córdoba y el virreinato de Vértiz, concluyendo con su misma estructura latinista y teocrática en los días augurales de la revolución.

Incluido ese período colonial, nuestra historia literaria podría dividirse, para su mejor exposición didáctica, en los siguientes períodos cronológicos, más o menos referidos a la historia política, para fijar sus lapsos por fechas muy notorias:

- 1º Los orígenes: desde las primeras ciudades (siglo XVI) hasta la fundación de la enseñanza universitaria:
- 2º La iniciación: desde la fundación de la Universidad de Córdoba(1613) y el nacimiento del poeta Tejeda (1604) hasta la expulsión de los jesuitas (1767);
- 3º La revolución: desde la expulsión de los jesuitas y las reformas virreinales (1776) hasta el ocaso de la generación de mayo (1820);
 - 4º La proscripción: desde los caudillos y Rosas (1820) hasta Caseros (1852);
- 5º La organización: desde la constituyente (1853) hasta el congreso de Belgrano (1880) período éste que se refunde en el 3º y 4º, pues "la revolución" inspiró la proscripción y "la proscripción" hizo madurar los ideales de "la organización";
- 6º La actualidad: desde la federalización de Buenos Aires hasta el triunfo de la burguesía cosmopolita.

(...)

IV

Una historia crítica de la literatura argentina, no podría reducirse a la división en períodos, que acabo de plantear. Es, como antes dije, una división ideada para facilitar su exposición didáctica, y vincularla mejor a su propio ambiente. Dada la continuidad histórica del fenómeno literario, su historiador ha de mostrar esa continuidad, razonándola. El método de la simple descripción bibliográfica no basta para ello, pues anarquiza y fragmenta la exposición. El método de las biografías tampoco sería por sí solo suficiente, pues apenas si mostraría la sucesión externa y material de "las vidas": y en los casos de autores sincrónicos, obligaría a repeticiones enojosas. Es lo que han hecho Faguet en Francia, Carducci en Italia, Macaulay en Inglaterra, Menendez y Pelayo en España, José Veríssimo en el Brasil, Medina en Chile, multiplicando sus monografías sobre temas biográficos o bibliográficos de historia literaria, pero sin crear una historia y una filosofía de sus respectivas literaturas nacionales como fenómeno colectivo. Conviene, pues, unir vidas y obras por el estudio del momento y del medio, para seguir la emancipación progresiva de la función literaria en nuestro país; mostrar los sucesivos grados de educación estética, de maestría técnica, de cultura social, y señalar la creciente división de los géneros, la cotización de las obras, la lucha de las escuelas, la consideración popular y oficial por la persona de los artistas.

Estudiar nuestra vida literaria por la educación, la vocación, la profesión de nuestros escritores; su éxito, sus costumbres, su gloria; describir nuestro ambiente literario por la atención, la indiferencia, el gusto de nuestro público: su prensa, su teatro, su crítica; buscar para el autor el documento psicológico y para la obra el documento social; analizar la neurosis melancólica de Echeverría o la neurosis paranoica de Sarmiento; aquilatar el éxito diverso de Stella y de La gloria de don Ramiro; seguir la evolución poderosa de nuestra prensa, desde la humilde imprenta de la Casa de expósitos hasta la actual profusión de diarios y revistas; ver las relaciones de la librería con el autor y su público, para esclarecer aspectos económicos y morales de nuestro problema editorial, trazando al paso la silueta de libreros tan diferentes como el noble Casavalle y el cicatero Garnier; describir nuestros efímeros salones literarios, nuestras sociedades de ideal y de arte: tal la Asociación de Mayo y el Ateneo de Buenos Aires; mostrar tal transformación de nuestro teatro como costumbres social, desde la humilde Casa de Comedias del siglo XVIII hasta los actuales escenarios de drama y ópera extranjeros; descubrir lo que bajo un brillo de cultura mundana hay en nuestro ambiente de trasplante perulero, y de ignorancia aborigen; dilucidar la influencia de los viajes, así de los que nos han traído escritores célebres como Anatole France, y así de los que nos llevan a Europa obreros tan valiosos como el errante Angel Estrada; hacer, en una palabra, que todos estos hechos dispersos concurran por animada y continua relación, a enseñarnos cómo ha evolucionado en la República Argentina "la vida literaria", hasta llegar a formas de creación más intensa, he ahí la tesis o lección ideal, que habrá de ligar libros y autores a través de esa historia.

Pero la más grave dificultad que esa evolución meramente literaria puede plantearnos, es la que se refiere a la lucha de las escuelas estéticas, generalmente agrupadas en torno de poetas y filósofos eminentes por su propio talento y característicos por su propia individualidad. El suelo, la raza, el idioma, podrán explicarnos ciertos aspectos subconscientes de la obra literaria como expresión de nacionalidad; pero sólo el genio individual, la cultura de una época, el gusto orientador de que suele llamarse una "escuela", nos explicarán lo que hay de consciente en la obra literaria como expresión de belleza.

La influencia internacional de las grandes renovaciones estéticas dentro de una literatura, suele repercutir sobre las otras, generalizando en varios pueblos una manera de arte. La comunicación habitual de unas naciones con otras, o la obra de un poeta arriesgado, suelen conducir a través de diversas lenguas una revolución literaria. Así se generalizan sus ideales o sus cánones, y lo que nació en Italia o Alemania, llegó a ser una escuela europea. La reforma lírica de Garcilaso y Boscán en España, reconoce sus raíces en Italia del Renacimiento, y ésta, que le prestaba sus modelos, plasmábalos no poco en las renacientes formas griegas y latinas: así, por ejemplo, la poesía bucólica. Igual cosa pudiéramos decir del romanticismo, que nace en Francia, pero que se engendró en Alemania y corrió después por tan diversas y lejanas partes del mundo.

Dotados los pueblos americanos de idiomas europeos, todas sus renovaciones literarias han repercutido en este lado del Atlántico. El inglés en los Estados Unidos, el portugués en el Brasil, y el español en el resto del Nuevo Mundo, han sido el vehículo natural que traía a estas nuevas naciones las ideas que estaban renovando las letras en sus naciones de origen. Otras veces, la influencia inicial ha pasado, no ya de una nación europea a España y de ésta a América, sino que ha sido traída del idioma extranjero al nuestro, por algún innovador americano, como ocurre con Echeverría, que educado en Francia, trajo al Plata el romanticismo de 1830, o como ocurre con Rubén Darío, que trajo a Buenos Aires el modernismo francés en

1895. Unas veces, la mediación española fue exclusiva, según se ve en el clasicismo del siglo XVIII: Labardén, Luca, López, Lafinur; otras se funde con la influencia francesa de Víctor Hugo y la inglesa de Byron, a través del poeta Echeverría, según se ve en el romanticismo ya señalado; otras, la influencia renovadora llegó primero al Plata, y fue de América a España, según ocurrió con el modernismo, como hoy lo reconocen los críticos de Rueda, Marquina, Valle Inclán y Francisco Villaespesa⁸.

Un país tan entregado a influencias internacionales, como la República Argentina, y que las ha soportado desde sus orígenes, en la economía, en la milicia, en el gobierno, no podía substraerse a las revoluciones extranjeras, en esfera tan difusiva y vibrante como lo es la del arte y de sus ideas. Así la historia literaria de la república puede ser dividida por sus ciclos estéticos, a la manera como la hemos dividido por sus períodos cronológicos. Estos últimos ponen nuestra literatura en paralelismo con el medio social donde se ha ido formando; en tanto que sus ciclos estéticos pónenla en confrontación con la filosofía del arte europeo, o sea con esta moderna civilización del Atlántico, que ha sucedido a la clásica civilización del Mediterráneo, fuente primera de nuestra propia cultura.

De esas escuelas estéticas, tres son las que han repercutido en el Río de la Plata:

- a) El clasicismo hasta el siglo XVIII;
- b) El romanticismo en el siglo XIX;
- c) El modernismo en la época actual.

(...)

VI

He procurado en este capítulo de introducción, establecer los límites y caracteres de nuestra materia. Acaso haya sacrificado la profusión del detalle a la vastedad del conjunto, y el brillo de la forma a la precisión de la palabra docente. A pesar de ello, habrá podido verse que me propongo historiar las emociones, los sentimientos, las pasiones, las ideas, las sensaciones y los ideales argentinos, tomando como signo de esos estados de alma nuestra literatura. Casi cuatrocientos años abarca esa documentación; cuatro siglos de vida mental en nuestro territorio, que nos permitirán entrever, a la luz del espíritu, el secreto más íntimo de nuestra vida, y acaso la personalidad de nuestro pueblo en los universales dominios del arte.

Hace ya buen tiempo que la bibliografía histórica viene creciendo en nuestro país, pero toda ella, desde las crónicas coloniales hasta las monografías más recientes, se reduce a una vida o a un hecho, o roza solamente los temas de la historia externa. Nuestras batallas, nuestros gobernantes, nuestras formas políticas, nuestras reformas económicas, han tenido valiosos historiadores. Las historias biográficas y militares, se esclarecen con el San Martín y el Belgrano de Mitre, con el Mendoza y el Liniers de Groussac. La crónica de las muchedumbres políticas, tienen por prez la Historia de López y las Multitudes de Ramos Mejía. La evolución constitucional ha sido descripta en las obras de Saldías, de Varela, de González. La evolución económica empieza a ser estudiada, con afán plausible, por aptos investigadores de la nueva escuela. La historia externa de "la ciudad indiana" ha sido contada por García; y así por otros la historia externa de la iglesia, el ejército, la educación. He ahí el tipo de nuestra bibliografía en el género. Pero !a evolución del espíritu argentino, estaba aún por reconstituirse. Lo que habíamos pensado y sentido en cuatro siglos sobre la patria, el amor, el odio, la muerte, la gloria -sobre los perennes temas de la literatura universal- eso quedaba por estudiarse. Biografías de poetas, como las muy someras que dejó don Juan María Gutiérrez, o bibliografías de nuestras prensas, como la que debemos a don José Toribio Medina, eso es lo único que habíamos logrado en materia de historia literaria, o bien impresiones críticas sobre un escritor o un poema, sin lazo de unión con la totalidad del fenómeno⁹. He ahí lo que yo me he atrevido a emprender: la reconstrucción total de ese fenómeno en todos sus momentos sociales y en todas sus manifestaciones estéticas.

Con tal magnitud, he resultado esta obra un ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Pues mi concepto de la literatura no es sino el de un idioma en función estética o en función científica. La literatura abarca todo el contenido de la conciencia como expresión y del universo como representación. El filósofo ve caer en ese cauce la poesía y la didáctica. El estudio completo de una literatura ha de abarcar, así, todo el *logos* del hombre, desde el folklore hasta el parnaso, desde el arte del rústico hasta el del culto.

_

⁸ Véase las revistas modernistas *Helios y Renacimiento*, que se publicaban en Madrid. Véase también la obra de Andrés González Blanco, crítico español, sobre *Rubén Darío* (un volumen de 444 págs. Ed. Hernando. Madrid, 1910).

⁹ Como se verá en el curso de esta obra, hago justicia a los esfuerzos de bibliografía literaria realizada por otros predecesores antiguos y modernos, cuyos nombres no es el caso de recordar aquí.

Por eso he sumado en mi obra, a la bibliografía, poética, la poesía anónima: y a la prosa literaria, la literatura científica, desde Azara hasta Ameghino.

Concebido mi tema con esa amplitud, fue mayor la tarea de investigación que impuse a mi voluntad y mayor el esfuerzo de síntesis que afrontó mi razonamiento.

Al asumir en 1912 la cátedra de literatura argentina que en la Universidad de Buenos Aires me tocó inaugurar, dije en mi conferencia de fundación: "Deberé no sólo dictar la asignatura, sino crear la materia; pues se me entrega una cátedra sin tradición y una enseñanza sin bibliografía".

Quise decir que carecíamos de una historia crítica de la literatura argentina, y agregué que esa cátedra me daría ocasión de apresurar este trabajo que venía realizando desde entonces. Dicha asignatura ha figurado últimamente en los programas de los colegios nacionales; pero como parte de la literatura castellana o de la general. Es un nuevo signo del abandono en que hemos tenido los estudios patrios De ahí que la literatura argentina sólo haya sido una bolilla del programa, y en el mejor de los casos, una lección presurosa, que, después de haber estudiado las letras de España en el inglés Fitz Maurice Kelly, se contestaba en clase por someros opúsculos. Tampoco había funcionado antes esta cátedra en las universidades argentinas; y lo que es más grave aún, hasta se había negado la existencia de una literatura nacional. En 1881 la Cámara de diputados aprobó una ley que creaba una Facultad de humanidades, precedente de la actual Facultad de letras: entre sus materias creábase la de literatura argentina; pero aquello nunca pasó de un buen propósito.

Cuando una vez, en la década del 80, quísose fundar una cátedra de literatura americana en nuestros colegios, don Bartolomé Mitre, nuestra más alta autoridad en tales materias, consultado al respecto, resumió así su dictamen: 1º no existe una literatura hispanoamericana; 2º existen, empero, los primeros materiales que en el futuro han de formar la obra.

Un catedrático del Uruguay (Entre Ríos) citó esa opinión de Mitre poco después de 1880, sosteniendo: "En las producciones de que puede disponerse entre nosotros, no hay material para formar un texto que sirva para dictar un curso de literatura argentina y americana". Aquéllos eran aún los tiempos en que la literatura se reducía a las bellas letras y su enseñanza a los ejemplos de la preceptiva. Una literatura se estudiaba para formar el gusto en los modelos.

Mitre consideró necesario aclarar su opinión. "En literatura, como en población, dijo, la América del Sud, está todavía en estado de colonización... La mayor parte del terreno no sólo no está cultivado, pero ni siquiera ocupado, y las colonias literarias carecen hasta de representación ...". "Si por literatura se ha de entender lo que ella significa, es decir, un conjunto de obras que abrace el vasto campo del pensamiento humano, que comprenda, además, todos los géneros que ella comporta, creaciones originales que señalen un progreso en las letras, o escritores que sin haber alcanzado reputación universal basten para alimentar por sí solos con su médula el genio de una nación, no, la América meridional no tiene literatura, y la que tiene no constituye ni las simples muestras de sus múltiples formas o géneros." Y luego, después de fundar más ampliamente su dictamen, agregaba: "No es extraño, pues, que en ninguna nación sudamericana se haya tentado hasta ahora dictar un curso literario permanente americano o nacional. No conozco más tentativa en este género que la del Colegio nacional del Uruguay, pues ni aun en la misma capital de Buenos Aires, se ha pretendido implantarla en esas condiciones" "11".

Mas a pesar de tanto pesimismo, no podía la verdad venidera escapar a la mirada profética de Mitre, y así terminaba: "E1 génesis de la literatura americana ha salido del caos; ha definido sus formas y va asumiendo rasgos originales, pero todavía no han aparecido en su firmamento los astros que deban iluminar sus grandes horizontes".

¹⁰ En aquella conferencia inaugural, dije también: "Tócame, pues, la honra de iniciar en las universidades de mi país, un

simpatía por el genio inquieto de la juventud, mi respeto por la independencia mental, mi culto por la libertad, por la belleza y por la patria. He dado a la obra de nuestra cultura todo lo que podía darle fuera de las aulas, y al continuar esa

misión dentro de ellas, buscaré interesar a mis discípulos en la misma fecunda empresa".

12

orden de estudios que interesa no solamente a los fines profesionales de la instrucción superior, sino también a la misión de afirmar y probar ante el país todo, la idea de que tenemos una historia literaria, explicando por ella la conciencia misma de nuestra nacionalidad y señalando a los jóvenes escritores la cuna humilde de donde venimos y las fuerzas primordiales que en la tierra y la tradición esperan su obra fecundadora. Una verdad confortará mi palabra al recorrer nuestra historia, y es que los poetas han sido siempre los comentadores o los precursores de todas las transformaciones argentinas. A servir ese ideal vengo a esta cátedra, y pláceme recordar que hace más de dos lustros, desertara yo de la Universidad de Buenos Aires como aventurero de las letras, y al volver a incorporarme como profesor en sus aulas, siento profundo regocijo al ver que vuelvo con la misma divisa de mis aventuras juveniles. Ninguna prenda mejor que ese recuerdo podría ofrecer a las autoridades de esta casa y a sus jóvenes alumnos, porque ese recuerdo afirma mi

¹¹ Recuerdos de antaño, (tomo I), por Víctor Gálvez (Vicente G. Quesada), con un prólogo del General don Bartolomé Mitre", Buenos Aires, 1887.

No podía esa visión escapar al espíritu de quien iba a ser él mismo con sus obras una de las figuras centrales de nuestra historia literaria; el mismo que, en su biblioteca, base del actual museo público que perpetúa su nombre, iba reuniendo los materiales dispersos de las literaturas americanas, o sea los raros documentos que en esa misma casa de Mitre, yo he removido durante varios años en busca de la nueva verdad.

No dispusieron ellos de la perspectiva que nosotros, treinta años más tarde, disponemos. Y esos años, fecundos de cultura para nosotros, no han pasado ciertamente en vano. Lo que ellos nos han descubierto en las cosas de las letras y lo que nuestra razón puede hoy descubrir en ellos, recuérdame aquella sentencia de Lucrecio sobre los orígenes de la civilización:

Sic unum quidquid paullatim protrabit aetas In medium, ratioque in luminis erigit oras¹².

Trabajos de historia literaria, los cuentan hoy Estados Unidos, Chile, el Perú, Méjico, Venezuela y el Brasil. La República Argentina se ha incorporado también al cultivo de esta nueva disciplina, como el mejor signo de su personalidad nacional y de su cultura colectiva. Mas para fundar aquella cátedra mía y ahora llegar a esta obra, hubo que vencer no pocas inercias y preocupaciones. Uno de los primeros doctorandos de la Facultad de filosofía y letras donde mi cátedra había de funcionar, tituló su tesis: ¿Existe una literatura americana? La opinión del nuevo doctor (o doctora en este caso) era desde luego dubitativa, como la interrogación del título por si mismo lo sugiere.

Ninguna persona de responsabilidad intelectual niega hoy la existencia de nuestra literatura; pero hay en cambio una nueva especie de pesimismo, la de los que creen que nuestro "siglo de oro" está en el pretérito, que nuestra literatura ha declinado. En esos mismos días de la fundación de mi cátedra, un hombre ilustre, ex ministro de instrucción pública, llegó a afirmarlo por la prensa. Yo veo, sin embargo, que los libros del país antes se regalaban y ahora se envían a la venta: que nuestros órganos de publicidad, viven a expensas de una producción continua; que un teatro nacional, de que antes carecíamos, ha nacido o comienza a nacer; que diez autores respetados por su obra, han conseguido hacer de la literatura una función aparte de la abogacía, de la milicia, de la medicina o la política. Mi tesis es optimista; pero optimista por esperanza. Riesgoso patriotismo es el que niega la obra del presente y vuelve los ojos a las edades de oro de un pasado quimérico. Sólo a condición de confesarnos esta humildad de origen, podremos hacer del estudio de la literatura argentina una escuela de fe patriótica y de disciplinas estéticas. Larga es la senda que aun nos resta por andar, y si aun estamos lejos del ideal de cultura que perseguimos, no es porque hayamos retrogradado, sino porque hemos empezado desde muy atrás. Alabad el Triunfo argentino, por ejemplo: pero reconozcamos que sus estrofas se iluminan con la gloria de la hazaña marcial que aquéllas cantan. No confundamos el heroísmo cívico y el heroísmo intelectual. No confundamos, tampoco, en este recuento literario, la obra útil y doctrinaria de los pensadores, con el emocionado hallazgo de los poetas. No confundamos, en fin, al recorrer la revolución, la proscripción, la organización, esa gloria, por lo general escasa, de su obra "literaria", con la gloria que sus autores conquistaron en los campos de batalla, en los parlamentos, en el gobierno, en la prensa. Hoy tenemos, o nos esforzamos por tener, una poesía lírica, una novela, un teatro, a la vera de la política, según lo tienen las naciones civilizadas. Ese concepto estético, esa disciplina técnica, esa función "orgánicamente" practicada dentro de la sociedad argentina, es una conquista de las últimas décadas, o sea de las actuales generaciones. La historia que nos enseñe ese progreso de nuestra vida literaria, ha de educarnos en la fe del trabajo y en la esperanza de períodos más brillantes por la belleza y madurez de las futuras obras.

Para llegar a estos nuevos conceptos y fundarlos en sólidos materiales, debí, durante varios años, remover varios archivos privados y públicos, consultar epistolarios y memorias, revisar bibliotecas enteras, rastrear el inexplorado caudal paleográfico, rever lo impreso, reconstituir vidas y ambiente con ímprobo esfuerzo. Vi que teníamos materiales para una obra de esta índole, después de cuatro siglos de vida mental en nuestro territorio; pero eso no bastaba: era menester, con doctrina filosófica, organizarlos en un sistema de belleza, de verdad, y de vida, o sea descubrir la ley oculta del proceso histórico y la expresión de nuestra propia estética. Y a los que aun siguen remisos puedo decirles: Si no tenemos obra, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos la historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de

¹² De *rerum natura*, dib. V, verso 1453-54. "La marcha de los años descubre paulatinamente las cosas y las hace salir a la luz de la razón."

originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y trasplantes. Donde la materia no ofrezca ejemplos de enseñanza, estoy seguro que ha de ofrecernos, en sus mismas deficiencias, sugestiones de educación¹³.

Quiero hacer, finalmente, una salvedad: yo no he concebido *a priori* un sistema de clasificación para deformar los hechos forzándolos a entrar en ese molde teórico; he seguido el camino inverso, con método inductivo: he acumulado los hechos literarios y descubierto en ellos, por intuición, la ley biológica que los rige en nuestro medio, como norma de la creación estética. La realidad de esa ley, califica nuestra bibliografía como un todo orgánico, demostrando a la vez la existencia de un alma nacional, sujeto pensante de la literatura argentina, y la existencia de una literatura nacional como expresión del alma argentina.

Tal concibo yo la historia de nuestra literatura, no como una crónica bibliográfica ni como una serie de biografías, sino como parte de la historia general, animada en medio de la vida del país y de la civilización. Una disciplina semejante habrá de ser utilísima, no sólo como complemento de cultura universitaria para nuestros doctores en letras, sino como instrumento profesional para nuestros catedráticos de segunda enseñanza. Pero su trascendencia más general se advierte cuando se piensa que por trabajos de. esta índole podremos tender a la difusión popular de nuestros mejores libros, creando en las nuevas generaciones el sentimiento de que tenemos una tradición intelectual, y el ideal de que debemos continuarla y esclarecerla ... Ahí hallarán las futuras generaciones literarias un plano con rumbos definidos, y no entrarán en las letras, como entró mi generación, desorientada por la ignorancia del propio pasado y desarraigada de su país por el predominio de las influencias cosmopolitas.

Los clásicos de la generación emancipadora llamaron a Buenos Aires "la Atenas del Plata". No lo olvidemos nosotros, ni olvidemos que en la Atenas antigua el simulacro de Palas coronaba la Acropólis como símbolo de las tradiciones y los ideales de su pueblo.

1

¹³ No necesito advertir que he puesto al servicio de esta obra todas mis experiencias docentes y literarias, y me será permitido recordar, sin vanidad alguna, que soy catedrático de literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires (Facultad de filosofía y letras); de literatura castellana en la Universidad de La Plata (Facultad de ciencias de la educación); profesor o ex profesor de gramática, estética literaria, psicología e historia de la civilización en diversos institutos de enseñanza secundaria, normal y especial; miembro de la Academia de la lengua, de la Junta de historia y numismática, de la Sociedad científica, de otras instituciones de cultura; consejero académico en la Universidad de La Plata; encargado de conferencias en la Universidad de Tucumán, el Ateneo de Madrid, el Museo de bellas artes de Buenos Aires, la Sociedad wagneriana, etc.; ex comisionado del ministerio de Instrucción Pública para estudiar en Europa los métodos de la historia; colaborador de las principales revistas y periódicos literarios de España y América, etc.; sin contar mis libros relacionados todos, directa o indirectamente, con los temas de esta obra.